RESUMEN COMPLETO

¿Y si esa alegría fugaz y ese bajón repentino no fueran casualidad, sino el compás exacto de un péndulo que intenta enseñarte a encontrar tu centro?

Hace siglos, según este libro, unos maestros ya sabían cómo no dejarse arrastrar por ese vaivén. Y lo dejaron escrito en forma de siete principios.

Hoy te invito a descubrir conmigo El Kybalión, subtitulado Los misterios de Hermes. Es un libro cortito, pero denso.

Y no pretende montarte una religión nueva. Lo dicen los propios autores: no quieren levantar otro templo de sabiduría, quieren darte una llave maestra para abrir las puertas del que ya existe. Una llave para reconciliar todas esas ideas ocultistas que parecen contradecirse entre sí.

Vamos a recorrerlo capítulo a capítulo, disfrutando cada paso y sin perdernos lo mejor del viaje.

El libro lo firman «Tres Iniciados». Sin nombres. Fuera del texto, se suele atribuir a William Walker Atkinson y se publicó en 1908, aunque el libro nunca lo confirma. Ellos mismos se presentan como simples discípulos a los pies de Hermes.

¿Y Hermes? Aquí entra la leyenda. Hermes Trismegisto, «el tres veces grande», habría vivido en el antiguo Egipto, mucho antes de Moisés. Según la tradición que recoge el libro, vivió trescientos años y fue maestro de los maestros. Los egipcios acabaron deificándolo como Thoth, y los griegos como Hermes, el dios de la sabiduría.

De su nombre nos queda la palabra «hermético», que usamos para decir «cerrado, secreto». Y no es casualidad: sus enseñanzas pasaron de labios a oídos durante siglos, sin escribirse. Y cuando se escribían, se disfrazaban con lenguaje de astrología y alquimia para que nadie las pudiera leer sin la clave.

CAPÍTULO 1: LA FILOSOFÍA HERMÉTICA

Empieza con una frase que te marca el tono: los labios de la sabiduría permanecen cerrados, excepto para el oído capaz de comprender.

Dicho de otro modo: no sirve de nada gritar la verdad a quien no está listo para oírla. Por eso los hermetistas daban « A cada mente su alimento; a cada etapa su desafío ».

El capítulo también se mete con la alquimia, y cambia el chip. Según el libro, la piedra filosofal que convertía el plomo en oro era una alegoría. Lo que se transmutaba era la mente: pasar de un estado mental a otro, no de un metal a otro.

CAPÍTULO 2: LOS SIETE PRINCIPIOS

Aquí están las siete reglas. Apúntatelas, porque el resto de estas páginas las irá revelando, como quien descubre un tesoro paso a paso:

Mentalismo: el Todo es Mente; el universo es mental.

Correspondencia: como es arriba, es abajo.

Vibración: nada está inmóvil, todo vibra.

Polaridad: todo tiene dos polos.

Ritmo: todo fluye y refluye.

Causa y efecto: nada ocurre por casualidad.

Generación: todo tiene su principio masculino y femenino.

El libro avisa de algo: el séptimo no tiene nada que ver con las teorías «degradantes» sobre sexualidad que algunos vendían con su nombre. Aquí «género» significa crear, generar.

CAPÍTULO 3: TRANSMUTACIÓN MENTAL

Si el universo es mental, entonces cambiar estados mentales es, en el fondo, la magia de la que hablaban los textos antiguos. Pero casi nunca daban instrucciones prácticas.

El libro lo llama «una especie de química mental»: transformar un estado en otro, en ti y, según ellos, también en los demás. Y mete en el mismo saco a las afirmaciones, las autosugestiones y los «tratamientos» de las escuelas mentalistas de su época. Para los autores, eran fórmulas imperfectas de un arte mucho más antiguo.

CAPÍTULO 4: EL TODO

Ahora empieza lo mejor: ¿qué hay detrás de todo lo que vemos? Lo que cambia constantemente no puede ser la realidad última, tiene que haber algo sustancial debajo. A eso le llaman el TODO.

Y la razón humana, dice el libro, nos permite afirmar tres cosas: que el Todo es infinito, que es eterno y que es inmutable. Nada lo limita, nada lo creó, nada lo cambia.

¿Es materia? No, porque la materia no explica la vida ni la mente. ¿Es pura energía ciega? Tampoco, por la misma razón. Lo que queda es una mente infinita y viviente. Lo que los iluminados llaman Espíritu.

Su naturaleza íntima, eso sí, es misteriosa. Intentar descifrarla, dicen, es como la ardilla en la rueda: corres mucho y no sales de la jaula.

CAPÍTULO 5: EL UNIVERSO MENTAL

Entonces, ¿qué es el universo, si no es el Todo? Los autores razonan así: el Todo no pudo fabricarlo con materiales, porque no hay nada fuera de él. Tampoco partiéndose en trocitos, porque es indivisible.

Solo queda una forma de crear, la misma que usas tú cuando imaginas algo: mentalmente. De ahí la frase: el universo es una creación mental sostenida en la mente del Todo. Tu mente imagina un mundo pequeño y finito; la del Todo imagina cosmos enteros. Misma clase, distinto grado.

Y de aquí sale un consuelo que el libro repite: estamos en la mente del Padre-Madre, y ahí estamos en casa.

CAPÍTULO 6: LA PARADOJA DIVINA

Cuidado con este capítulo, porque aquí se cae la gente.

Si todo es mental, ¿entonces todo es ilusión? Visto desde el Todo, sí, el universo es como un sueño. Pero visto desde nosotros, es real. Y hay que vivirlo como real.

El texto se atreve a decir lo que muchos callan: el «medio sabio» que cree poder desafiar las leyes del universo porque «todo es mental» acaba estrellándose contra las rocas. Las leyes siguen siendo de hierro, aunque sean mentales.

La salida es usar las leyes superiores contra las inferiores. Y la frase que lo resume: la transmutación, no la negación presuntuosa, es el arma del Maestro.

CAPÍTULO 7: EL TODO EN TODO

Segundo giro de tuerca. Todo está en el Todo, pero también el Todo está en todas las cosas.

El ejemplo del libro es muy bueno. Piensa en un personaje de novela: existe solo en la mente de su autor, pero el autor también está dentro del personaje, dándole vida. Micawber es Dickens, aunque Dickens no sea Micawber.

Por eso el libro se burla de quien va diciendo «yo soy Dios». Sería como que Micawber dijera «yo soy Dickens». El Todo está en la lombriz, pero la lombriz está lejísimos de ser el Todo.

Y define el desarrollo espiritual como reconocer y manifestar ese espíritu interior.

También aborda la pregunta del millón, ¿por qué creó el Todo el universo?, y la respuesta es honesta: nadie lo sabe. La leyenda cuenta que, cuando se lo preguntaron a Hermes, apretó los labios y no dijo nada.

CAPÍTULO 8: LOS PLANOS DE CORRESPONDENCIA

Para estudiar «como es arriba, es abajo», el libro divide el universo en tres grandes planos: físico, mental y espiritual. Y los define por la vibración. Cuanto más alta, más elevado el plano. No son lugares, son grados de una misma escala, que se funden unos con otros.

Cada gran plano se subdivide en siete, y cada uno en otros siete. Incluye hasta una lista de planos mentales, con mente mineral, vegetal, animal y humana, y unos «elementales» en medio que comparan con las teclas negras del piano.

Y del plano espiritual casi no habla. Dice que sería explicarle la luz a un ciego de nacimiento.

CAPÍTULO 9: VIBRACIÓN

Nada reposa. Todo se mueve, todo vibra. Y lo que distingue la materia, la energía, la mente y el espíritu es solo el grado de vibración.

El ejemplo es una rueda que gira cada vez más rápido. Primero la ves. Luego suena grave y la nota sube. Luego silencio. Luego aparece el rojo, el naranja, hasta el violeta. Y así sigue subiendo. El libro lo usa para ilustrar que todo es cuestión de velocidad de vibración.

Y llega a la parte aplicada: cada pensamiento y cada emoción tiene su propia vibración. Si lo entiendes, puedes polarizar tu mente donde quieras. Quien comprende esto, dice una cita antigua, ha alcanzado «el cetro del poder».

CAPÍTULO 10: POLARIDAD

Todo tiene dos polos, y los opuestos son lo mismo en distinto grado. Caliente y frío, luz y oscuridad, amor y odio. Mira un termómetro: ¿dónde acaba el frío y empieza el calor?

Y esto tiene consecuencias prácticas. Solo puedes transmutar dentro de la misma escala. El odio puede convertirse en amor, el miedo en valor. Pero el miedo no se convierte en amor, porque no están en la misma línea.

Por eso la fórmula del libro es contraintuitiva: para matar un estado negativo no lo combates, cultivas el polo contrario. No expulsas la oscuridad, abres la ventana.

CAPÍTULO 11: RITMO

Todo fluye y refluye como un péndulo. Imperios, estaciones, soles, y también tus estados de ánimo. Al entusiasmo le sigue una depresión, al valor un desaliento, y casi nadie sospecha por qué.

Los maestros no pueden destruir el principio, pero sí evitar que los arrastre. Lo llaman ley de neutralización: te elevas a un plano superior de conciencia, te polarizas en tu «Yo soy» y dejas que el péndulo oscile abajo, sin que te toque.

También aparece la ley de compensación: capacidad de gozar y capacidad de sufrir van de la mano. Y el libro añade que quien quiere la torta no puede guardarse el centavo.

CAPÍTULO 12: CAUSALIDAD

La suerte, dice el libro, es el nombre que damos a una ley que no hemos reconocido. Hasta el dado que tiras tiene una cadena de causas detrás.

La mayoría, según los autores, es como las fichas de un tablero: empujadas por la herencia, el ambiente y las voluntades ajenas. Los maestros se elevan de plano, y así pasan de ser efecto a ser causa. No escapan de la Ley, la usan.

Y sobre libre albedrío y determinismo, el libro dice que ambos son medias verdades. Cuanto más cerca del centro, más libre.

CAPÍTULOS 13 Y 14: GÉNERO Y GÉNERO MENTAL

El principio de generación afirma que todo tiene lado masculino y femenino. Para los autores no es sexo, que sería solo su versión física.

En la mente, el «yo» (masculino) es el que quiere y dirige, y el «mí» (femenino) es el que genera pensamientos e imágenes. Cuando el «yo» está dormido, el «mí» se llena de ideas que llegan de fuera. Por eso tanta gente no piensa sino que repite lo que le han metido en la cabeza.

CAPÍTULO 15: AXIOMAS HERMÉTICOS

Y el cierre es una advertencia: el conocimiento que no se usa es como enterrar metales preciosos. Estudia los axiomas, pero practícalos. Tres que recoge el libro:

Para cambiar tu estado mental, cambia tu vibración.

Para destruir un estado no deseado, concéntrate en el polo opuesto.

El ritmo se neutraliza con el arte de la polarización.

Si algo merece quedarse a vivir en tu memoria de El Kybalión, que sea esta: no es un libro para creérselo, es un libro para ponerlo a prueba.

Todo lo anterior se resume en una promesa. Tu mente no es un espectador de la vida, es una herramienta, y se puede aprender a manejarla. Sin negar el mundo, sin vivir en sueños, usando las leyes en vez de sufrirlas.

Los propios autores te lo dicen en el prólogo: si no desarrollas estos principios, serán solo «palabras, palabras, palabras».